

nalistas que llevan prisionero á Fernando VII, lo arrancaron de las manos de aquellos y restablecieron la monarquía absoluta, la más sanguinaria y fanática que se conoce en la historia.

Al condenar las revoluciones de México, Mon, Calderón Collantes é Isturitz olvidaron que en 1823 el populacho español gritaba *¡Viva el Rey Neto! ¡Muera la Nación! ¡Vivan las cadenas!*

Y al acusar á México de anárquico olvidaron que, á raíz de la restauración del absolutismo, Fernando VII implantó el año de 1824 el terror que espantó y reprobó la Europa entera, llevando al cadalso á millares de víctimas, atestando las cárceles de reos políticos y enviando á centenares de éstos á morir de paludismo á Filipinas.

Y Mon, Isturitz y Collantes Calderón olvidaron que mientras Fernando VII cerraba las Universidades y establecía una Escuela de Tauromaquia, dirigió la inmunda revolución apostólica llamada del *Angel Exterminador*, á la que aparentó combatir, concediendo indulto después á sus cabecillas y hasta á los frailes guerrilleros convertidos en bandidos. (1827)

Pasaron tres años cuando nació Isabel, y á poco estalló la conspiración de los apostólicos á favor de Don Carlos, y España dió al mundo el escándalo de los asesinatos injustificados de los frailes y jesuitas, crímenes consumados por el populacho de Madrid y de algunas ciudades de las provincias.

Apenas había muerto Fernando VII cuando comenzó la formidable guerra de Don Carlos reclamando éste sus derechos al trono de España que creía le había usurpado Isabel II.

Siete años duró esa horrible guerra, de 1833 á 1840, en la que jamás se dió ni otorgó cuartel, perecieron más de cien mil hombres, los campos quedaron desiertos y talados, las ciudades incendiadas y la España exangüe como si intentara suicidarse.

Mon, Calderón Collantes é Isturitz jamás hubieran podido decir que en México había escenas de sangre tan odiosas y criminales como las que registra la historia de España durante la campaña del Maestrazgo.

En la lucha entre isabelinos y carlistas las represalias se deformaron, perdieron su carácter de forzosas y se convir-

tieron en asesinatos infames de infelices que ni tomaban las armas, ni tenían participación en aquella contienda monárquica.

Nogueras, General cristino, no logra vencer del todo á Cabrera; y para castigar los asesinatos cometidos por los carlistas fusila á la anciana é inocente madre de Cabrera. Este juró entonces derramar un río de sangre que llegara á la altura de las montañas: y lo cumplió el horrible guerrillero.

Los tres funcionarios españoles que conspiraban contra la independencia de México, nunca hubieran podido demostrar que en esta república se cometían asesinatos políticos como el que acabo de consignar.

Hecha la paz por el convenio de Vergara, el fanático é imbécil Pretendiente, que se hacía llamar Carlos V, huye á Francia, y Cristina ejerce ya la regencia sin temores del carlismo.

Pero no gobierna en paz porque su administración además de torpe, estuvo fuertemente combatida por todos los partidos, el malamente llamado progresista, sobre todo, que publicó los amores, ó algo peor, de la reina Regente, con el hijo de un estancuillero, Don Fernando Muñoz, que llegó á ser gran personaje en la corte.

Estallaron al fin sangrientos motines en Madrid, en Barcelona y en otras provincias contra Cristina; y no pudiendo ésta resistir la tremenda tempestad que se cernía sobre su corona, se expatrió embarcándose después de haber abdicado.

Las cortes nombraron regente á Espartero quien tampoco pudo dar paz á su país, y comenzó la guerra civil tan cruenta como siempre.

Se pronunció en Victoria por Cristina, Montes de Oca, quien vencido y vendido por los miñones que lo acompañaban fué fusilado: Rodill á nombre del gobierno de Espartero había ofrecido diez mil pesos por la cabeza de Montes de Oca.

Borso de Carminati, otro pronunciado, también fué hecho prisionero y pasado por las armas.

Un año había transcurrido apenas de la abdicación de Cristina, cuando en Octubre de 1841 Nouvilas, el General Diego León, los Conchas y algunos otros, organizan una gran conspiración contra Espartero. Concha Manuel, con algunos

soldados, asaltó el palacio para raptarse á la reina Isabel, que contaba apenas once años de edad.

Los alabarderos de Palacio, después de algunas horas de combate, rechazaron á los conspiradores, los que huyeron, logrando escapar algunos y cayendo prisioneros otros, que fueron fusilados: entre éstos, pereció el General Diego León.

Isturitz, el que quería una intervención para acabar con la anarquía en México, debió tener en cuenta la que desde 1808 imperaba en España, siendo él uno de los agitadores; Isturitz fué de los conspiradores que intentaron el rapto de Isabel, y que escapó de la muerte por haberse ocultado juntamente con otro conspirador, O'Donnell.

Este motín en Palacio repercutió en las provincias donde hubo algunos pronunciamientos que sofocó el General Zurbano, fusilando y llenando de cadáveres las tierras de Vizcaya y Rioja.

Al siguiente año, 1842, se registró el formidable pronunciamiento de Barcelona contra Espartero, echando el pueblo fuera de la ciudad á la guarnición y á su jefe Van-Halen.

Las turbas desenfrenadas se adueñaron de Barcelona, cometiendo todo género de atropellos, hasta que llegó Espartero, bombardeó la plaza y la hizo capitular.

Otro año más y aparece nueva revolución. En 1843 Narvaez se levanta en Andalucía contra Espartero y secundan el movimiento los Conchas en Valencia, O'Donnell, bajando del Pirineo, en Navarra y Cataluña, y otros caudillos en varios lugares.

Entonces surge á la vida política militante Juan Prim, que con Milans, subleva á Rens.

Y Ametller y Bassoll también se levantan en armas por el mismo plan contra Espartero y por Cristina que había alimentado con su oro la conspiración.

Espartero no pudo resistir tan tremenda insurrección; y abandonado de sus soldados y de sus jefes, se retira á Cádiz, se refugia en el vapor *Betis*, firma allí una protesta, y en el vapor *Malabar*, de la marina real inglesa, marchó á Lisboa de donde se dirigió á Londres en un buque inglés.

Dueños los pronunciados de la capital, Narvaez fué nombrado Capitán General de Madrid y tomó el título de Protec-

tor, iniciando el sistema que ejerció siempre que estuvo en el poder, los fusilamientos, las prisiones y los destierros.

Las primeras víctimas de aquel Dictador fueron Bonet y veinticuatro oficiales más, pronunciados y derrotados en Alicante.

Volvió la Reina Cristina á Madrid casada ya con Muñoz, de quien tuvo numerosa prole; pero sólo gobernaba Narvaez que hizo Ministro á Mon, y siguió prodigando sentencias de muerte; entre los asesinados se contaron el General Zurbano y sus hijos, partidarios de Espartero.

Don Alejandro Mon el enemigo de México, el que soñaba en conquistar á México, por ser Ministro en el Gobierno del Protector se hizo cómplice de los cuatrocientos catorce fusilamientos ordenados por Narvaez en seis meses. (1844)

Pero este terror fomentaba las conspiraciones en vez de reprimirlas; Narvaez corrió el peligro de ser asesinado en su carruaje una noche cuando se dirigía al Circo. Dos embozados hicieron fuego con sus trabucos por las portezuelas del coche matando al ayudante Baseti y quedando Narvaez ileso. (1845-1846)

La opinión pública, más bien dicho el Gran Galeoto, señaló á Don Juan Prim como autor del atentado; mas esto no pudo probarse.

Y siguieron los pronunciamientos; Solís se levantó en Galicia contra Cristina proclamando la Constitución; pero fué derrotado, hecho prisionero con sus oficiales, y al ser todos conducidos á la Coruña, en el camino fueron fusilados. (1847)

Mon é Isturitz, Ministros entonces, debieron saber que no fué en México donde se inventó la ley fuga.

Cansa seguir paso á paso la historia de las revueltas y sublevaciones que asolaron á España; pero es preciso terminar tan amarga tarea.

En 1848 hubo en Madrid dos graves insurrecciones contra la insostenible tiranía de Narvaez, la del 27 de Febrero hecha por los progresistas, que fué sofocada; y la del 8 de Mayo, en que el pueblo y parte de la tropa se pronunciaron levantando barricadas.

En aquella lucha la sangre corrió á torrentes, el General Fulgosio cayó muerto por una bala en la Puerta del Sol, y los

pronunciados vencidos al fin por las fuerzas de Narvaez, dejaron un reguero de cadáveres en las calles.

En 1849 se encendió de nuevo la guerra civil en Cataluña, y España no tuvo momentos de paz sino hasta Diciembre de 1850 en que la reina Isabel separó del Gobierno á Narvaez, dándole ocho millones, con los que marchó á Francia.

No pasó mucho tiempo sin que el pueblo español sintiera un malestar profundo, sobre todo cuando el 2 de Febrero de 1852 el clérigo Martín Merino hirió á la reina con un puñal.

Por fin, en 1854 volvieron los pronunciamientos á trastornar el orden público: el brigadier Hore se pronunció en Zaragoza, no lo siguió toda la tropa complicada y en la calle lo mataron.

Se conspiraba en Madrid sin descanso, á pesar de las persecuciones y destierros á Canarias de hombres políticos y periodistas, como Eusebio Asquerino y Bermudes de Castro; dos grandes conspiradores, O'Donnell y Cánovas del Castillo, se salvaron ocultándose.

Pero vino la tremenda revolución de Julio, que acabó con el Ministerio de Sartorius y con la poderosa influencia de Cristina y de los parientes de D. Fernando Muñoz.

A la vez que O'Donnell y Dulee pronunciados, se batían torpemente en las afueras de Madrid con Blasser, el Ministro de la Guerra que no supo triunfar, el pueblo de Madrid se levantó en grandes masas, incendió las casas y muebles de la reina Cristina y de los Ministros.

Y á pesar de que Gándara acuchilló con sus cazadores al pueblo, éste obligó á las tropas á retirarse, y la reina cedió cambiando de plan, de gobierno y de Ministros.

A pesar de estas evoluciones políticas, no se consolidaba el orden.

En los tres años siguientes se registran varios trastornos: un motín en Madrid, en el que fué asesinado Chico, el jefe de la policía; una rebelión en Valladolid; motines en varias ciudades de Castilla, por la carestía del pan; y por último, la extraña insurrección en Madrid de la Milicia Nación que sofocó Serrano: dió esto el triunfo á O'Donnell y las Cortes fueron disueltas.

Pero O'Donnell quería desamortizar los bienes de la Igle-

sia en tanto que Isabel se negaba á firmar la ley: O'Donnell deja la Presidencia y Narvaez vuelve al poder, en 1856.

Dos años duró ese gobierno de Narvaez y Nocedal que se sostuvieron desterrando y fusilando sin tregua ni piedad, como en Arahál donde el pueblo se amotinó por hambre y cuyo movimiento sofocaron las tropas reales derrotando á los insurrectos y fusilando cien sublevados.

Llegó Narvaez á ser imposible y lo sustituyó en el gobierno O'Donnell, que se encargó de la Presidencia del Consejo de Ministros en 1858.

Ese año era cuando Mon, según consigna el Sr. Bulnes, Embajador de España en París, iniciaba la intervención de tres potencias europeas que pusieran término á la anarquía imperante en México.

Profusamente ha circulado el libro del Sr. Bulnes y con él las inculpaciones de la diplomacia española que, esparcidas por Europa, presentaban á México como un país salvaje, brutal y sanguinario.

Esto requería desvanecer esas sombras haciendo ver que en Europa había un país donde la anarquía era legendaria y más permanente y sanguinaria que en México.

He aquí explicada mi anterior digresión.

II

Continúa el Sr. Bulnes traduciendo y copiando á Jauret, y cuenta que en 1860 Touvenel, dispuesto á no aceptar el proyecto de intervención, declaró á Mon «que en cuanto á la fuerza y á medidas coercitivas no estaba dispuesto á emplearlas.»

Aquí me he permitido corregir el estilo del Sr. Bulnes, que no pudo ser más incorrecto.

Y agrega el autor del libro que refuto que «entonces España resolvió tomar á su cargo, exclusivamente, la intervención en México; pero que se encontró con los Estados Unidos que de una manera categórica le manifestaron su decisión de oponerse con las armas.»

Y para demostrar lo anterior el Sr. Bulnes toma una carta de D. Matías Romero al Ministro de Relaciones del gobierno del Sr. Juárez, residente en Veracruz, en cuya carta co-

munica que García Tassara, Ministro Plenipotenciario de S. M. C. en Washington, se había dirigido al Ministro de Estado americano, diciéndole haber sabido que el Gobierno de los Estados Unidos estaba aumentando sus fuerzas navales en aguas de Veracruz, y que deseaba saber si aquel Gobierno trataría de impedir las reclamaciones que el español hiciera al de México.

Y cuenta Romero que el Secretario de Estado de los Estados Unidos contestó á Tassara que, en efecto, el Presidente había mandado reforzar la escuadrilla americana en Veracruz, no para oponerse á que España exigiera satisfacción de los agravios que se le hubieran hecho, sino para proteger las vidas y propiedades de los ciudadanos americanos.

Pero por acuerdo del Gabinete dictado el día 4 de Septiembre de 1860, el Presidente de los Estados Unidos acordó se dijera al Enviado Extraordinario de S. M. C. Sr. Tassara, « que el Gobierno Americano verá con sentimiento cualquier reclamación injusta que se hiciera contra México, y que no permitirá que por ella se cometa hostilidad alguna contra el Gobierno legítimo de la República.»

He aquí los dos puntos entre los cuales se coloca el Sr. Bulnes, para buscar lo que llama la *corriente de la política internacional*, los innumerables escritos de nuestro Ministro en los Estados Unidos, D. Matías Romero y Jauret, cuyo libro no es más que una colección de notas diplomáticas referentes á México.

El Sr. Bulnes no está en lo justo al escoger esas dos fuentes históricas: si Jauret sólo se ocupa de la diplomacia española, al buscar el origen de la intervención francesa, Jauret comete un grave error.

Pero si Jauret inserta toda la correspondencia diplomática referente á este atentado internacional, el Sr. Bulnes hace mal en sólo tomar parte de ella para asentar la primera falsedad que se encuentra en su libro, la de que España fué la primera nación que atentó contra la soberanía mexicana.

Respecto á la segunda fuente en que se inspira el Sr. Bulnes, los escritos del Sr. D. Matías Romero, hay que tener en cuenta que nuestro patriota representante en los Estados Unidos, adolecía de un defecto algo grave en diplomacia, y era el de tener *mucho celo, demasiado celo.*

Sus faltas no fueron de *omisión* en el desempeño de su encargo, sino de *comisión*, haciendo lo que era inoportuno y aun peligroso hacer.

Al honorable Sr. Romero, por otra parte, aunque fué demasiado perspicaz para sorprender algunos secretos de las cortes europeas enemigas de México, le era del todo imposible escudriñar lo que pasaba en la corte de Napoleón III.

Mas sea lo que fuere, el Sr. Bulnes incide en una imperdonable equivocación afirmando en el capítulo I de su obra que el primer proyecto de intervención en México se forjó en España.

En 1860 el empeño del Gobierno español y de sus diplomáticos era apoyar á los gobiernos reaccionarios de Zuloaga y Miramón y destruir el gobierno legítimo del Sr. Juárez, radicado en Veracruz.

Pero España se encontró con la actitud amenazante de los Estados Unidos, expresada con tal claridad en la nota que cité antes, del 4 de Septiembre, nota apoyada por la presencia en Veracruz de nueve buques de guerra americanos con 115 cañones.

Este punto lo trataré más ampliamente en el capítulo en que impugne los cargos de debilidad que Bulnes lanza sobre el Sr. Juárez.

Preciso es consignar antes cuál fué el verdadero origen de la intervención francesa, lo que parece ignorar el Sr. Bulnes quizá fascinado por la adoración que tiene por Napoleón III.

CAPITULO II

VERDADEROS FACTORES DE LA INTERVENCION

Dos conspiraciones contra la independencia de México, aunque lejanas una de la otra, concordaban en las tendencias traidoras de levantar una monarquía sobre las ensangrentadas ruinas de la República Mexicana.

Una conspiración, la más vieja, se tramaba en México entre el clero y los conservadores: la otra se urdía en las Tu-